

# Cuadernos del Sur

---

Número 15 ■ ABRIL de 1993

Tierra  fuego  
del

## MerCoSur \* Una vez más Adam Smith y Karl Marx

Desde la firma del Tratado de Asunción (marzo de 1991) el MerCoSur se ha convertido en un punto de referencia permanente de discursos oficiales, medios masivos de comunicación, reuniones empresarias, agenda de encuentros políticos, foros académicos y en menor medida tema de atención de la burocracia sindical.

Esta generalizada difusión no suele ir acompañada de un auténtico y amplio debate acerca de la viabilidad, beneficios y consecuencias para el conjunto de la sociedad del proyecto en marcha. El cauce que adopta la discusión, reiterada incluso en algunos círculos de izquierda, es que estamos en presencia de una realidad que se impone por sí misma, por tanto irreversible, se trata de ver entonces como los distintos sujetos sociales involucrados logran la mejor adaptación a ella.

Preocupados por los problemas contemporáneos de América Latina no podemos dejar de percibir al MerCoSur como un factor destina-

do a ejercer una impronta profunda sobre los "países-miembros". Para elucidar algunas de sus claves hemos tomado como punto de partida la situación de América Latina en la década perdida" -en el marco de la crisis mundial del capitalismo- para contextualizar el contenido de la Iniciativa para las Américas lanzada por el presidente Bush en 1991 y poder avanzar en las consideraciones sobre el origen, antecedentes, curso y destino del neoliberalismo que conduce al actual proceso de integración.

### **América Latina. La década perdida**

La década del 80 ha constituido para América Latina la "década perdida" según la popularizada expresión acuñada por la CEPAL. Los indicadores socioeconómicos remarcen el agudo retroceso de la evolución económica de la región y el generalizado deterioro de las condiciones de vida de una porción mayoritaria de su población.

El crecimiento del Producto Interno Bruto para el período de 1980-90 se ubicó por debajo del 1,0% mientras que para la década anterior se registra un índice del 5,5% ello significa que la economía de la región considerada globalmente casi no ha crecido y la situación es más dramática si se considera el retroceso en el crecimiento del PIB por habitante que fue de 3.0 promedio para 1970-80 y cayó a -1,6 para el quinquenio 1980-85. Los coeficientes de la inversión interna bruta cayeron de 24.1 en 1980 a 16.3 en 1989. Todo esto sin olvidar el creciente endeudamiento externo que pasó de 228,236 millones de dólares para 1980 a 410.090 millones de dólares en 1989<sup>1</sup>.

Esta presentación de algunos indicadores críticos no explica, ni muestra por si misma la naturaleza compleja y profunda de la crisis cuyas causas van más allá de la ineptitud y/o lucidez de las políticas económicas aplicadas por los distintos gobiernos de la región. En el análisis cabe distinguir dos elementos centrales para su comprensión.

1. El ciclo de la economía latinoamericana está ligado al comportamiento de la economía mundial en la actual etapa de transnacionalización del capital.

2. Esto no debe llevar a borrar las especificidades nacionales, aunque estas deben ser entendidas y analizadas en el marco más general arriba mencionado.

Si comparamos la evolución del

PIB de la OCDE (Organización de Comprensión y Desarrollo Económico) constituido por los 24 países más industrializados del mundo y A.L. aparece muy claramente la sincronidad del brusco descenso y crisis de la producción en 1975 y 1982, aunque con niveles distintos de caída y recuperación. Pero para el funcionamiento de la economía mundial no es lo mismo la caída de la Bolsa de Buenos Aires que la de Nueva York, la crisis no se transmite entonces de la periferia al centro sino que se halla instalada en el epicentro mismo del sistema, es decir, en primer lugar en el principal país capitalista del siglo XX y en menor medida, aunque con consecuencias igualmente amenazantes, en el resto de los países del Norte.

No corresponde aquí discutir los diversos diagnósticos que se han hecho sobre las causas y características de la crisis, al respecto puede consultarse una extensa bibliografía<sup>2</sup>; sí nos interesa destacar que desde nuestra línea de análisis vemos en la crisis actual un papel similar al que desempeñaron para la historia del capitalismo las de 1873 y 1930. Crisis estructurales, que expresan el agotamiento de un modelo de acumulación y reproducción del capital pero que al mismo tiempo operan en un sentido remodelador que permite cristalizar un nuevo esquema de funcionamiento sin cuestionar las premisas fundamentales del sistema.

Para América Latina esta reorganización se hizo evidente a través

de las sucesivas formas de inserción al mercado mundial. En la etapa del surgimiento del imperialismo, en las últimas décadas del siglo XIX, su aparato productivo se orientó a la monoexportación primaria para atender a la demanda creciente de materias primas de los países centrales contando para su financiación con la inversión directa del capital extranjero en obra de infraestructura y el marco brindado por los consolidados Estados Nacionales. La crisis de 1930 conlleva una mutación igualmente profunda, generando una extendida industrialización sustitutiva de importaciones sustentada en la activa implementación por parte de los Estados de políticas intervencionistas mercado internistas. "Crecimiento hacia afuera" y "Crecimiento hacia adentro" fueron las fórmulas que vinieron a sintetizar las modalidades que adoptaba el desarrollo capitalista en América Latina.

La crisis de los ochenta, que es la crisis del modelo fordista de acumulación que alimentó la vertiginosa expansión de la segunda posguerra ha puesto al descubierto un conjunto de contradicciones que parecen como insolubles. Nos encontramos entonces con una creciente internacionalización del capital desplegando las nuevas tecnologías, remodelando el mundo del trabajo con sus consecuentes recalificación y desocupación de la fuerza laboral, expandiendo el crecimiento del comercio mundial a ritmos superiores que los de la producción generando una nueva división inter-

nacional del trabajo. No obstante estas inéditas transformaciones, el capitalismo debe seguir ubicando en el centro de sus preocupaciones las potencialidades (e incapacidades) para remontar la crisis y volver a ritmos de crecimiento similares a los de treinta años atrás.

Ni la euforia que siguió a la caída del Muro de Berlín, ni el éxito de la Guerra del Golfo alcanzaron para sanear el crónico cuadro por el que atraviesa la mayor economía capitalista del globo, algunos indicadores como:

- Déficit fiscal para 1992 de u\$s 335.500 millones, y estimándose para 1993 en los u\$s 341.000 millones.

- Caída del 66% de la Inversión extranjera directa entre 1990 y 1991.

- Tasa de desempleo del 7,8% de la PEA, el más alto desde octubre de 1984.

- Pérdida de competitividad no solo frente a Japón y Alemania, sino que pasó a ocupar el quinto lugar detrás de Suiza y Dinamarca.

De una manera elocuente muestran las dificultades de Estados Unidos por remontar esta persistente crisis cuyo origen está lejos de ser el poco interés del presidente Bush por los asuntos internos o el inadecuado manejo del déficit fiscal como nos propone Galbraith <sup>3</sup> en clave Keynesiana, que por otra parte no disimula su preocupación porque Estados Unidos siga un camino similar a que condujo al derrumbe de las economías del Este.

Por ahora los pronósticos de la

OCDE parecen mostrarnos que estamos frente a un moderadísimo crecimiento que cada vez más se presenta como contraste frente a las expectativas de un vigoroso aumento de la producción mundial. ¿Estaremos a las puertas de un modelo posfordista de regulación o las contradicciones del capital transnacional siguen operando para impedir el fin de la historia prometido?

América Latina tampoco ha quedado al margen de los efectos de las transformaciones del capitalismo, aunque paradójicamente las mutaciones de este trazan una nueva geografía en la división internacional del trabajo que la conducen a la marginalidad. Las ventajas comparativas que antes brindaban la abundancia de materias primas y la baratura del precio de la mano de obra son tendencialmente devaluadas por el nuevo modelo donde la revolución científica técnica permite la elaboración de materiales sintéticos y un uso intensivo de la fuerza de trabajo calificada con un alto nivel de productividad.

Conviene no perder de vista que los alcances de la crisis para A.L. no se limitan a los efectos mecánicos de la propagación internacional de la crisis del centro que operan través del comercio y las finanzas sino como muy bien lo destaca Ominani se suman:

“Los efectos secundarios de la internacionalización cuyas consecuencias más importantes son la intoxicación financiera, la petrolari-

zación y la industrialización extravertida. Por último, los bloqueos propiamente endógenos, que se refieren a la fragilidad de la regulación de conjunto, a la falta de institucionalización de la relación salarial y las desarticulaciones sectoriales”.<sup>4</sup>

En este sentido la disminución del precio de las materias primas o del quantum de exportación/importación de A.L. con respecto a Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea o la caída de la Inversión Extranjera Directa que para la región en 1980/84 representaba el 12,3 del total mundial a 7,6% en 1985/90, pueden dar una imagen de homogeneidad del conjunto de A.L. Sin embargo es esta una visión superficial, es más real que sobre la base de un retroceso del conjunto se ha dado un proceso diferenciador de las economías locales que culminó en distintos grados de inserción selectiva al mercado mundial, particularmente de algunos países como Brasil, Chile y México.

Estancamiento desigual pero también retroceso de los regímenes autoritarios marca el contexto regional de fines de los 80. Sobre este escenario EE.UU. necesita llenar de contenido su vacío de política exterior frente a América Latina al momento de la volatilización del conflicto Este-Oeste.

### **Iniciativa para las Américas**

El 27 de junio de 1990 en la Casa Blanca el Presidente George Bush

pronuncia ante diplomáticos Latinoamericanos y del Caribe, miembros de su gobierno y representantes del Banco Mundial, Fondo Monetario internacional, Banco de Integración y Desarrollo y "líderes en las comunidades de negocios y finanzas" el discurso en el que esbozó la "Iniciativa para las Américas".

El diagnóstico parte de la constatación del resurgimiento de regímenes democráticos, "con una excepción": Cuba. Las transformaciones políticas, siempre en la visión de la administración de Bush, que se extienden al resto del continente, hallarían su correlato en la esfera económica:

"En toda la región, las naciones se están apartando de las políticas económicas estatistas que sofocan al crecimiento y buscan ahora el poder del mercado libre para ayudar a este hemisferio a darse cuenta de su potencial para el progreso todavía sin explotar. Ha surgido un nuevo liderazgo, apoyado por la fuerza del mandato del pueblo. Un liderazgo que entiende que el futuro de América Latina está en los gobiernos y mercados libres" <sup>5</sup>.

La Iniciativa surge como un instrumento destinado a promover políticas neoliberales de desregulación estatal, privatización de empresas públicas y mayor apertura al comercio exterior frente a las recetas populistas, que son consideradas por su proteccionismo y distribucionismo la causa de todos los males.

El "nuevo liderazgo" emergente, a pesar del respaldo de Washington, aparece cuestionado y amenazado en Venezuela por lo desolador del ajuste, en Perú por el sesgo anticonstitucional de Fujimori, en Argentina y Brasil por la hipercorrupción de los altos funcionarios de gobierno y las dudas sobre la seguridad jurídica de los actos de gobierno. En síntesis, democracia y ajuste se presentan como términos difícilmente conciliables antes que compatibles.

Más allá de la retórica coyuntural ¿Por qué Estados Unidos apunta a "cambiar el foco" de la interacción económica? ¿Por qué caracterizar ahora a la región como de "vital importancia"?

Para contestar a esto nos remitimos una vez más a la crisis, que pone en evidencia el vertiginoso declive de la economía norteamericana, de allí la naturaleza contrastante entre la Iniciativa y la Alianza para el Progreso lanzada en 1961 por el presidente J. F. Kennedy.

La centralidad de América Latina estaba dada entonces por razones de seguridad hemisférica, para bloquear la posibilidad de que el ejemplo de la Revolución Cubana de 1959 se generalizara al continente. Se buscaba mediante la reforma agraria, los avances técnicos y una fuerte corriente de inversión de capitales alcanzar los objetivos oficialmente reconocidos de crecimiento económico, cambio estructural y democratización política. Este era el sentido más general de

la "alianza para el progreso", sin embargo el programa quedó prontamente opacado.

Treinta años después la Iniciativa se inscribe en un marco internacional signado por la descompresión del conflicto Este-Oeste, la obsesión por el libremercado y una agenda donde Washington coloca como temas destacados para su tratamiento con Latinoamérica: inmigración, narcotráfico, protección del medio ambiente, control del terrorismo, etc.

El nuevo programa se asienta en tres pilares, luego de haber dejado en claro que ahora el crecimiento es entendido como producto de la responsabilidad de cada país en particular. El comercio constituye el eje central de la nueva política, la que debe contemplar también las inversiones y el tratamiento de la deuda.

"La prosperidad de nuestro hemisferio depende del comercio, o de la ayuda... la nueva Iniciativa para las Américas creará incentivos que refuerzan el creciente reconocimiento en América Latina de que la reforma hacia mercados libres es la clave para el crecimiento sostenido y la estabilidad política" <sup>6</sup>.

La responsabilidad por el retraso del crecimiento del comercio hemisférico frente a la totalidad del intercambio mundial en los ochenta recae sobre las barreras aduaneras excesivamente restrictivas que separan asfixiantemente las economías de la región.

"Estas barreras son la herencia

de la equivocada noción según la cual la economía de una nación necesita protección para crecer. La gran lección económica de este siglo es que el proteccionismo sofoca el progreso y los mercados libres engendran la prosperidad" <sup>7</sup>.

Para ello se propone crear una zona de libre comercio que abarque desde Alaska hasta Tierra del Fuego donde todos serán "socios iguales".

¿De alcanzar semejante propuesta algún grado de concreción Estados Unidos estaría resolviendo su crisis de mercados?

La rivalidad comercial con la cuenca del Pacífico liderada por Japón y la Comunidad Económica Europea encabezada por Alemania unificada obliga a los Estados Unidos a recrear las condiciones que devuelvan rentabilidad y eficiencia a sus capitales para poder recuperar el creciente espacio ganado por sus competidores. Una de las opciones para ello es ampliar su espacio económico de modo de apropiarse de las ventajas que brinda una economía de escala, no solo con la ampliación del mercado sino con un uso más "racional" de los factores productivos.

En esta búsqueda estratégica por remontar el terreno perdido es que debe inscribirse el Acuerdo de Libre Comercio firmado por Canadá, México y Estados Unidos (NAFTA). La generalizada revitalización de los acuerdos subregionales como el Pacto Andino, el Mercado Común Centroamericano o el Mercado co-

mún del Cono Sur vienen a colocarse en paralelo con aquel proyecto, pero conviene destacar la política celosamente selectiva del gran país del Norte por sellar formas de asociación más estrechas y orgánicas. En este sentido su próximo socio latinoamericano habrá de ser Chile y parece no haber urgencia ni interés por dar ese status a otras naciones del continente.

Considerado globalmente el comercio con América Latina parece brindar una base frágil e insuficiente para una sostenida recuperación de la crisis. Alrededor del 40% del comercio latinoamericano se orientó hacia Estados Unidos pero para su Balanza Comercial esto representó un escaso 13%.

Este escenario pesimista se agrava aún más si se piensa en el peso asfixiante de la deuda de América Latina que durante la década del 80 no dejó de crecer en proyección geométrica. Así pasó de 228.236 en 1980 a 420.000 millones de dólares en 1990; pero mientras la deuda crecía a un ritmo firme, el pago de los intereses lo hacía mucho más leve y fluctuante, en 1980 se pagaron 26.776,5 en 1982: 47,153 y en 1989: 39,461,3 millones de dólares.

El Plan Brady fue la propuesta elaborada para dar certidumbre al funcionamiento del sistema financiero internacional. Con el ingreso reciente de Brasil al Plan se completa la lista de grandes deudores adheridos a él, se puede hablar entonces del éxito político de la iniciativa, que básicamente concede un discreto

descuento en el valor teórico de cada una de las deudas a cambio de asegurar el pago pleno del remanente en forma puntual.

El Plan contempla además el cambio "deuda por naturaleza" y el Presidente Bush no dejó de remarcar que las acciones en torno de todo tipo de negociaciones sobre la deuda deben ser emprendidas sobre la base de "caso por caso".

La compleja ingeniería del Brady no pudo evitar dejar flotando en el aire una sencilla pregunta: ¿podrán los países deudores cumplir sus compromisos de aquí a treinta años cuando las propias estimaciones del Fondo Monetario Internacional contemplan un aumento, al menos en términos nominales, de la deuda de la región, que sería de 435 millones de dólares para 1992 y se incrementaría a 442,7 millones de dólares en 1993?

La inversión está sujeta a la creación de "un clima atractivo" que reconoce como imperativo la apertura de las economías, de desregulación de las actividades productivas y la privatización de servicios esenciales suministrados por el Estado y una legislación laboral acorde a las nuevas condiciones de libre mercado. ¿Todo ello resulta condición necesaria pero será suficiente para que la IED se radique en estas latitudes?

Las medidas propuestas para aumentar la financiación mediante un programa de préstamos y un fondo multilateral de inversión son tan escasas e insuficientes que ni



siquiera merecen ser consideradas como mecanismos a tener algún impacto sobre la región.

Crisis de Estados Unidos, crisis de América Latina, las opciones son muchas y la dirigencia del status quo ha asumido el paradigma neoliberal como la fórmula para enfrentar esta situación. Políticas de corte keynesiano o "populistas" son desechadas por inviables en la actual fase de transnacionalización del capital. En una clara maniobra ideológica el Presidente Bush lo expresa con total transparencia:

*"Con las palabras del valiente líder colombiano -el presidente Virgilio Barco-: el largo partido entre Karl Marx y Adam Smith se está finalmente acabando" <sup>8</sup>.*

### ¿Qué es el MerCoSur?

El 26 de marzo de 1991 en la ciudad de Asunción los gobiernos de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay suscribieron el Acta por el cual se comprometen a constituir a partir del 31 de diciembre de 1994 un mercado que implica:

a) "La libre circulación de bienes, servicios y factores productivos entre los países, a través, entre otros, de la eliminación de los derechos aduaneros y restricciones no arancelarias a la circulación de mercaderías y de cualquier otra medida equivalente:

b) El establecimiento de un arancel externo común y la adopción de un apolítica comercial común con relación a terceros estados

o agrupaciones de estados y la coordinación de posiciones en foros económicos comerciales regionales e internacionales;

c) La coordinación de políticas macroeconómicas y sectoriales entre los Estados Partes: de comercio exterior, agrícola industrial, fiscal, monetaria, cambiaria y de capitales, de servicios, aduanera, de transporte y comunicaciones y otras que se acuerden, a fin de asegurar condiciones adecuadas de competencia entre los Estados Partes".

Desde la entrada en vigor del Tratado hasta la fecha señalada se establece un período de transición en el que se adopta un Régimen General de Origen, un Sistema de Solución de Controversias y Cláusulas de Salvaguardia. Se reconoce además el ritmo diferencial en el proceso de integración para las Repúblicas del Paraguay y Uruguay, concediéndose un año para la entrada en plena vigencia de la liberalización comercial.

Se crea la estructura orgánica encargada de administrar y ejecutar el tratado, conformándose para tal fin: A -Consejo del Mercado Común, órgano superior responsable de la conducción política y la toma de decisiones para la constitución definitiva del Mercado Común, integrada por los Ministros de Relaciones Exteriores y Economía de los Estados-Partes; y B -Grupo Mercado Común, órgano ejecutivo coordinado por los Ministros de Relaciones Exteriores, que podrá constituir sub-grupos de trabajo.

La toma de decisiones está concentrada en los Poderes Ejecutivos de cada uno de los países que "mantendrán informados a los respectivos Poderes Legislativos".

De la lectura de los 24 artículos se infiere claramente que la integración está planteada de manera exclusiva en términos comerciales y es la lógica del mercado la que debe comandar el proceso. Asuntos tan acuciantes para las economías del cono sur como la deuda externa, no aparece ni mencionado, ni insinuado.

No es la primera vez que países latinoamericanos firman convenios de integración económica y mencionando los antecedentes que más directamente han involucrado a los actuales Estados-partes podemos apuntar: En la década del 50, el fallido ABC, que impulsado por el entonces presidente de la Argentina General Perón, intentaba vertebrar las economías de Argentina, Brasil y Chile.

En 1960, en Montevideo, se crea la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), integrada por Argentina, Brasil, México, Paraguay, Perú y Uruguay, su anémica existencia intentó ser revitalizada con la creación de la ALADI. En 1980, nuevamente en Montevideo, se crea la Asociación Latinoamericana de Integración, cuyos resultados a la fecha no han sido cualitativamente significativos.

Estas formas de integración multilateral, inspiradas en el paradigma del "crecimiento hacia aden-

tro", parecieron encontrar su punto de estancamiento en los desequilibrios de las balanzas comerciales de los países de menor desarrollo frente a los que habían alcanzado un estadio superior. Esto no significa suponer que estas experiencias acotadas no han aportado una pequeña cuota positiva en la medida que han contribuido a cierto conocimiento y distensión entre nuestros países.

Sin embargo, el antecedente más importante e inmediato que debe nombrarse es la confluencia de Argentina y Brasil materializada en la Declaración del Iguazú del 30 de noviembre de 1985. El eje del programa de convergencia era eminentemente político, a a partir de la coincidencia en el posicionamiento internacional respecto de diversos puntos (consenso de Cartagena, Grupo de Apoyo a Contadora, creación de una Zona de Paz y Cooperación en el Atlántico Sur, etc.). Las consecuencias políticas fueron importantes para desactivar espíritus belicistas que siempre de uno y otro lado de la frontera habían alimentado la hipótesis de conflicto con el vecino.

El 29 de julio de 1986 se establece el Programa de Integración y Cooperación Económica (PICE) entre la República Argentina y la República Federativa del Brasil. Se propiciaba un criterio gradualista, flexible y progresivo a través del tratamiento de producto por producto. Esto llevó a la firma de 24 protocolos, de los cuales muy pocos pudieron ser realmente implemen-

tados (trigo, alimentos, autopartes y cooperación nuclear).

El 29 de noviembre de 1988 se firmaba el Tratado de Integración, Cooperación y Desarrollo entre la República Argentina y la República Federativa del Brasil, que implicaba un cambio de enfoque ya que su objetivo era el establecimiento de "un espacio económico común" aunque manteniendo las pautas de "gradualidad, flexibilidad y equilibrio" a las que ahora se suma la "simetría", para permitir la adaptación progresiva de los habitantes y de las empresas de cada Estado parte a las nuevas condiciones de competencia y de legislación económica".

La fuerte presencia de los lobby, la hiperinflación en la Argentina y los cambios de gobierno en ambos países pareció dejar trunca esta experiencia, pero a mediados de 1990 los recientemente electos presidentes Carlos Saúl Menem y Fernando Collor de Mello vuelven a dar impulso a la integración pero sobre la base de un nuevo esquema de reducción lineal y automática de aranceles.

→ Debe señalarse aquí un cambio importante a la orientación y dirección del proceso de integración. Los acuerdos de 1985-86 eran resultado de la iniciativa de fracciones políticas de las burguesías locales encaminadas por los Presidentes Sarney y Alfonsín y en las que los Estados jugaban un rol central en el direccionamiento de los programas.

Pero a partir del cambio de ad-

ministraciones y el acentuamiento de las políticas neoliberales y de ajuste estructural particularmente en Argentina, tanto la iniciativa como la dirección han quedado en manos de las fracciones de Capital más concentradas, particularmente en las corporaciones Transnacionales quedando para los Estados-partes solo los acuerdos marco.

La integración adoptó un giro pragmático y la retórica oficial presentó cuatro indicadores como elementos claves para avanzar en un proyecto que en América Latina venía fracasando sistemáticamente desde los intentos mismos de Simón Bolívar. Las cifras que parecían anunciar el engendro de una nueva potencia en el Cono Sur eran las siguientes: El Mercosur

- abarca el 60% de la superficie de A.L.
- representa el 45% de la población.
- posee un mercado potencial de 190 millones de habitantes.

Tiene un PBI de 416.000 millones de dólares equivalente a más del 50% del PBI de toda el área. La complejidad de la realidad superaba con creces la sencillez de las formulaciones oficiales. Incluso estas comenzaron a aceptar que los caminos que se abrían no conducían necesariamente a una situación beneficiosa para el conjunto de los Estados-partes y sus habitantes.

El subsecretario de Relaciones Económicas Internacionales, Alieto Guadagni lo manifestaba así:

"Esta reconversión y transfor-

mación implica que muchas actividades productivas actuales tendrán que expandirse, mientras que otras tendrán que declinar... La interacción no es una panacea. Nada nos garantiza automática y mágicamente el éxito y, ni siquiera la equidad... La integración no constituye un seguro contra los riesgos y las dificultades que nos plantea el mundo contemporáneo, pero nos pone en mejores condiciones para enfrentarlo... No ignoramos los problemas y las aristas traumáticas que presenta el proceso que se inicia, pero un nuevo espacio económico crea oportunidades que no existirían de preservarse la actual situación... <sup>9</sup>.

La mistificación que muchas veces ha ganado el tema tiene como corolario la expresión que el Mercosur se presenta como la solución para el crecimiento capitalista, siempre que se sea capaz de alcanzar la competitividad a la que desafia el libre mercado.

Discursos "ideológicos" al margen y tomando en cuenta la complejidad de las variables intervinientes y que se trata de la dinámica de un proceso en marcha que se haya en sus inicios podemos avanzar en lo que parece convertirse en la característica central del perfil integrador entre los dos principales socios.

Con el actual esquema de intercambio no parece debilitarse la tendencia observada desde mediados de la década del setenta en que Argentina provee productos primarios y Brasil refuerza su papel como ex-

portador de bienes manufacturados. A continuación transcribimos la visión que sobre el punto nos dan diversos informes técnicos elaborado por personas, fundaciones y corporaciones que adhieren al proyecto integrador.

"... en la medida que se fortalezca el proceso de integración, el perfil se irá decantando hacia productos agroalimentarios de capital, complementados por todos aquellos procesos que requieran series cortas o crecientes de sofisticación tecnológica, con fuerte incidencia de mano de obra calificada en la composición del costo y calidad necesaria, para el caso argentino. Esto, parece se complementará con cierta provisión de insumos energéticos (gas, petróleo).

A la inversa, el perfil de Brasil es netamente de productor de series largas y de una amplia variedad de productos industriales" <sup>10</sup>.

Horacio Cepeda en un reciente trabajo elaborado para la Unión Industrial Argentina destacaba:

"Si se observa como ha evolucionado la estructura del comercio en los últimos tres años, puede advertirse que se está dando un cierto patrón de especialización, de acuerdo con el cual Brasil es proveedor de productos industrializados (el 72,5% de sus exportaciones) en tanto que la Argentina lo es de productos primarios y manufacturas de origen agropecuario (el 67% de las exportaciones)" <sup>11</sup>.

"Se puede concluir que la conformación del mercado brasileño en

lo que hace a su poder de compra es diferente a la Argentina, pues mayores porcentajes de la población viven en estado de pobreza y la mayor parte del ingreso está distribuida en franjas porcentualmente menores de la población. Existen demandas cautivas que podrán ser satisfechas por productores argentinos. Adicionalmente, Rebolini (1990), resalta la potencialidad de expansión de las necesidades alimentarias de Brasil. Este autor sostiene que este factor podrá dinamizar el crecimiento económico de los demás países miembros del MerCoSur" <sup>12</sup>.

Durante los años 1989, 1990 y 1991 el intercambio con Brasil dejó un saldo favorable en la balanza comercial argentina. Este marco brindó un clima de "optimismo" y unanimidad empresarial que los resultados negativos de 1992 empiezan a quebrar y no es casual entonces que la Unión Industrial Argentina (UIA) salga a reclamar públicamente "una banda de valores relativos de tipo de cambio" frente a la avalancha de manufacturas que parece ir creciendo desde el país vecino. Es conveniente no olvidar que esta corporación representa sin embargo al sector más concentrado y transnacionalizado del capital industrial, por tanto con mayores posibilidades de reinserirse con ventajas competitivas en el proceso.

En resumen para nosotros la historia no recorre una linealidad inapelable, el presente es complejo

y borrar sus contradicciones implica simplificar la realidad para justificar el proyecto neoliberal y negar alternativas al capital transnacional. Sin embargo el modelo parece imponerse, lo que implicará una profunda reestructuración de los espacios económicos y sociales, y que en parte ya viene dibujándose.

Si entre los beneficiados ya se puede incluir a las grandes firmas transnacionales que realizan el comercio intraindustrial (CII) representando un tercio del intercambio total, el destino de los trabajadores parece bastante sombrío: la libre circulación de la mano de obra favorece las migraciones generando una sobre oferta que presiona hacia abajo los salarios y precariza las condiciones laborales en general. La mejor suerte que puede correr está atada a:

"la ratificación de los convenios de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) por los gobiernos de los cuatro países. La ratificación de los convenios significaría poner un piso a la protección social de los trabajadores y evitar que su desprotección sea una herramienta para ganar competitividad y atraer inversiones (dumping social)" <sup>13</sup>.

No es ocioso tener presente las conclusiones elaboradas en el reciente Balance de Desarrollo Humano elaborado por las Naciones Unidas:

"El crecimiento económico no mejora automáticamente las vidas de las personas, ni en sus propias naciones ni a escala internacional. Existen

considerables disparidades de ingresos en el interior de los países. La peor disparidad nacional es la de Brasil: 26 entre el 20% más rico de la población y el 20% más pobre, de acuerdo con su ingreso per cápita»<sup>14</sup>.

Hoy se visualiza a Brasil como "motor de la reactivación" y se argumenta el sostenido crecimiento mantenido durante la difícil década del ochenta, pero no es menos cierto que el desarrollo es también un motor de las desigualdades y una vez más la contundencia de las estadísticas nos devuelven la certeza que la búsqueda capitalista de la ganancia y la resolución de las necesidades humanas son dos tendencias francamente antagónicas.

### **Smith o Marx**

Bush opone Smith a Marx y descalifica a Keynes porque hoy los representantes del capital reconocen a la transnacionalización como un fenómeno tangible, irreversible y que evoluciona hacia un control cada vez más amplio de la producción nacional. Esto que ya nadie discute, está acompañado de un reconocimiento del agotamiento de las políticas keynesianas como fórmula anticrisis y premisas para la recreación de las condiciones de rentabilidad del capital transnacional.

Se vuelve a las banderas de un capitalismo librecambista capaz de devolver mercados y ganancias. Se vuelve a la política más funcional a la actual lógica del desarrollo del capital. Adam Smith lo expresaba

en 1776 haciendo no solo una defensa de la mecánica de la libre competencia, sino sosteniendo que los intereses privados de los individuos coinciden en la búsqueda de su resolución egoísta con los intereses del conjunto de la sociedad.

Karl Marx en enero de 1848 pronunciaba su "Discurso sobre la cuestión del librecambio". Allí analiza las consecuencias que para los sectores de la sociedad inglesa trae la abolición de las leyes de granos, pero también para el resto del sistema ligado a la economía de Inglaterra. En el reino del mercado, todo productor de mercancías es susceptible de ser reemplazado por medios menos costosos, el ejemplo es el de los tejedores indios, condenados a la miseria por los artículos ingleses elaborados por medio del telar a vapor. Aclara además que su crítica de la libertad comercial no tiene por que ser entendida como la defensa al sistema proteccionista.

La analogía que se puede plantear entre el ayer y el hoy deja de ser exterior si se lee con detenimiento este pasaje de Marx y el de la hasta hace muy poco Ministra de economía de Brasil Zelia Cardoso.

"El Señor Bowring habla de algunos males individuales... habla de sufrimientos pasajeros en el tiempo de transición y simultáneamente no disimula que estos sufrimientos pasajeros han consistido para la mayoría en el paso de la vida a la muerte y para el resto el movimiento de transición a una condición inferior a aquella en la

cual estaban situados anteriormente. Si más adelante dice que las desgracias de estos obreros son inseparables del progreso de la industria y necesarias para el bienestar nacional, explica simplemente que el bienestar de la clase burguesa tiene por condición necesaria la desgracia de la clase trabajadora"<sup>15</sup>.

Sobre el plan económico aplicado por Collor, Zelia Cardoso dice:

"-Creo que probablemente mucha gente murió por este plan.

-¿Y lo llevó adelante con ese convencimiento?

-Ese es el dilema que yo quería mostrar en el libro: la diferencia entre el sentido nacional y el sentido individual. Tal vez por un objetivo nacional haya pérdidas en lo individual y es necesario optar...

-¿Y cree que no hay alternativas a eso?

- No conozco ningún programa de ajuste en el mundo sin costo social, si alguien tiene alguno me gustaría conocerlo"<sup>16</sup>.

Es insuficiente para entender al capitalismo actual la sola lectura de la obra de Marx, como son insustituibles las herramientas que nos brinda el autor de *El Capital* para analizar las transformaciones del capital transnacional en sus manifestaciones concretas. La vigencia del pensamiento de Marx, a pesar del proclamado fin de las ideologías, está ligado a la persistencia, a pesar de sus cambios, de la contradicción constitutiva del sistema entre Capital y Trabajo.

Si en la era de la revolución científico-técnica, si a finales del si-

glo veinte sigue teniendo plena vigencia aquella frase de principios de siglo de Rafael Barret "No se si en la época de las cavernas la humanidad se moriría de hambre, ahora no me cabe duda". Se nos figura que la construcción de una sociedad distinta no solo es una utopía deseable sino también posible.

Rosario, septiembre 1992

## Notas

1. CEPAL *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe*, Nueva York, Naciones Unidas, años 1980-1990.

2. Citamos a continuación algunos de los muchos que consideramos imprescindibles:

- Aglietta, M., "El capitalismo mundial en los ochentas", *Cuadernos Políticos*, México, julio-septiembre 1983.

- Boyer, R., *Capitalisme fin de siècle*, P.U.F., Paris, 1987.

- Durand, M., "¿A donde va la crisis?", *Cuadernos del Sur* N° 14. 1992.

- Mandel, E., *La crisis 1974-1980*, Era, México, 1980.

- Mandel, E., *El capitalismo tardío*, Era, México, 1979.

- Dos Santos, T., *Imperialismo y dependencia*, Era, México, 1986.

- Pla, A. "La mundialización de la crisis del sistema : más allá de los límites del capital", *anuario 13*, Escuela de Historia, Rosario, 1988.

3. Galbraith, J. K., *La cultura de la satisfacción*, Emecé, Bs. As. 1992.

4. Ominani, C., *El tercer mundo en crisis*, G.E.L. Bs.As., 1987, p. 17.

5. Bush, G., "Iniciativa para las Américas" una versión completa se halla en O'Donnel, M., *El descubrimiento de Europa*, Planeta, Bs. As., 1992.

7. Idem.

8. Idem.
9. Guadagni, A., "Mercosur una nueva frontera productiva", *Ambito Financiero*, Bs. As. 26/3/91, p.16.
10. Dalmasso, E., *El Mercosur*, Córdoba, 1991, p. 50.
11. Citado por *El Economista*, Bs.As. 21/8/1992, p. 5.
12. Fiel, *Argentina y el Mercosur*, Bs. As., Manantial, 1992, p. 96. (Revollini, "El Mercosur", 1990 s/d)
13. Bustos, P., *El Mercosur ¿Más de lo mismo?* Febrero, Bs. As., 1992. p. 51.
14. Diario *El país*, Madrid, 30/04/92, p. 4.
15. Marx, K., "Discurso sobre la cuestión del librecambio", *Miseria de la Filosofía*, Jucar, Madrid, 1974, p. 298.
16. Diario *Página 12*, Bs. As. 1/12/91, p. 21.

\* Ponencia presentada al Coloquio de Americanistas -UNC- Córdoba, setiembre 1992.

**Gustavo Guevara:** Escuela de Historia. Fac. de Humanidades y Artes. UNR.